



Jessica Rankin. AUS (1971) Reverant
2009. Bordado en Origandi

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL MALESTAR DE LA PROFESIÓN DOCENTE

A reflection on the uneasiness of the teaching profession.

*Inger Enkvist**

*Catedrática de Literatura Española, Universidad de Lund, Suecia. Inger.enkvist@rom.lu.se

En Occidente, la educación tiene sus raíces en la herencia clásica y en el Cristianismo, y más tarde fue modificada por el Humanismo, los descubrimientos científicos, la Ilustración y los valores ciudadanos de la escolarización obligatoria. El término de escuela tradicional se puede utilizar para referirse al producto de este largo desarrollo, bastante similar en los países occidentales y que fue el modelo general hasta la llegada de las nuevas tendencias de los años 60 y 70. Durante estas décadas, muchos países occidentales vivieron una modernización de su economía a la vez que una bonanza económica. Hubo un fuerte empuje hacia la democratización y contra todo tipo de jerarquía. En educación, el resultado fue una expansión de la educación secundaria, combinada con el modelo de la escuela “comprehensiva” igualitarista. Los estudiantes debían estudiar juntos en la misma aula hasta la edad de los catorce, los dieciséis o hasta los dieciocho años de edad a pesar de sus diferencias.

Este movimiento de reforma escolar se hizo más radical con la generación del mayo del 68 que pretendía “liberar” a los jóvenes, quitando la exigencia de aprobar todas las materias para ser admitidos en un grado superior y suprimiendo los exámenes. Este cambio fue promovido por unas corrientes sociológicas que sostenían que los certificados escolares sólo expresaban privilegios socioeconómicos y por unas corrientes filosóficas que cuestionaban la existencia del conocimiento objetivo. La expansión de la educación secundaria llevó también a una expansión de la formación docente y a la creación de numerosos puestos docentes, y muchos jóvenes de esa generación pudieron colocarse como profesores. Sin embargo, con el tiempo empezaron a producirse efectos negativos. Un menor énfasis en el esfuerzo y en la buena conducta aumentó el desorden en las aulas, la escuela se convirtió en un ambiente profesional menos atrayente, y la docencia llegó a ser una profesión elegida por los estudiantes que no lograran entrar en carreras más atractivas. La pedagogía y los centros de formación docente se volvieron más ideológicos que intelectuales, con lo cual las escuelas empezaron a tener dificultades para reclutar a buenos profesores.

Este artículo hablará primero de la profesión docente en esta vorágine social, política y filosófica e intentará después averiguar si el actual malestar docente se puede explicar a través de la idea de que los profesores no son tratados como personas sino como instrumentos, especialmente en la escuela pública obligatoria.

La educación tradicional

Para entender lo que ha pasado a la docencia como profesión es útil acordarse de que la escuela tradicional solía concentrarse en las destrezas lingüísticas y en la socialización. En la primaria, el enfoque estaba en adquirir unas nociones básicas, en escuchar, leer y escribir y en la buena conducta. Primero, los conocimientos estaban conectados a lo local y lo presente, a un “aquí y ahora”. Después se daba a leer a los estudiantes textos más largos enfocados en un “allí y entonces”, una perspectiva que también se enseñaba en materias como la geografía y la historia. En las ciencias naturales, los estudiantes aprendían unos datos básicos. En muchos países se exigía un certificado de la primaria para ser admitido en la secundaria. En el bachillerato, los estudiantes aprendían a discutir textos desde diferentes puntos de vista, a prestar atención a los matices y a sacar



Leo Villareal. USA. Cylinder II

2011 Luces de LED blancas, espejos de acero inoxidable, software a medida, sistema eléctrico

conclusiones. Se trabajaba con textos cada vez más complejos. La meta era que, después de haber terminado el bachillerato, los estudiantes debían haber desarrollado unos conocimientos generales amplios y haber desarrollado hábitos lingüísticos suficientemente eficaces para ser capaces de adecuar su lenguaje a diferentes situaciones (Enkvist, 2011).

En la escuela tradicional, los profesores funcionaban como modelos para los estudiantes. Muchas veces eran los primeros adultos educados que llegaban a conocer los estudiantes. Los profesores enseñaban materias, destrezas lingüísticas y buenas costumbres de estudio y por eso eran considerados intelectuales. El Estado garantizaba las cualificaciones de los profesores, y los estudiantes podían esperar de los profesores que presentaran datos correctos y que defendieran el mundo del conocimiento.

En la educación tradicional, se concibe al profesor como una persona profesional que combina un conocimiento teórico, aprendido durante los estudios, con diferentes destrezas adquiridas de manera práctica. Lo que un profesor hace durante una clase puede ser planificado de antemano pero sólo hasta cierto punto y, en la docencia, existe un elemento de creatividad similar a cuando un médico utiliza lo aprendido en los manuales, combinándolo con su experiencia práctica. Se trata de una improvisación como la improvisación en la música jazz. Un músico hábil puede improvisar pero esto no significa crear desde la nada sino utilizar los conocimientos anteriores de una nueva manera, adaptada a las circunstancias. Sólo alguien con sólidos conocimientos es capaz de improvisar. En el aula, los docentes tienen que enfrentarse constantemente a nuevas situaciones y, por eso, está justificado hablar de creatividad o de improvisación.

Intelectualmente, con cada año que pasa, un buen profesor recoge más ejemplos y más material interesante. Se pone al día, y estructura sus presentaciones de manera más eficaz. Incorpora el repaso de lo ya aprendido por los alumnos y prepara los próximos aprendizajes. El conocimiento profundo de la materia es lo que permite al profesor dividir su atención entre la materia que explica y los estudiantes. Psicológicamente, un profesor ideal está lleno de vitalidad y no es egocéntrico. Físicamente, un profesor necesita estar en plena forma porque la profesión exige mucho ya que hay que prestar atención a la vez al contenido y a unos treinta alumnos jóvenes y enérgicos. En su ejercicio profesional, el docente utiliza tanto su cuerpo como su personalidad. Éticamente, el ideal es que el profesor transmita la belleza, la verdad y la bondad porque los jóvenes necesitan vivir rodeados de estos valores, y el buen profesor sabe integrarlos en la materia que enseña.

Educación “moderna”

Las reformas educacionales introducidas durante la segunda parte del siglo XX en Occidente han tenido un impacto profundo en la educación tradicional. Una nueva preferencia romántica ha aparecido diciendo que en vez de dar énfasis al esfuerzo como lo hacía la educación tradicional, la educación debería basarse en el desarrollo natural de un joven que se supone espontáneo e individual. También se ve una preferencia por el aprendizaje práctico y tecnológico y no por los estudios teóricos a pesar de que tanto la democracia como el avance económico y tecnológico están basados en el desarrollo



intelectual. La finalidad de la educación en ese nuevo paradigma es política y social más que intelectual y ética.

Durante medio siglo, la opinión “progresista” ha sostenido que los resultados de los estudiantes están predeterminados por el nivel socioeconómico de la familia. En otras palabras, la educación no se ve como una batalla individual con conceptos y con los manuales sino como algo que algunos estudiantes adquieren casi sin esfuerzo. Desde los años 60, los investigadores de ciencias sociales han bombardeado al público con este mensaje, logrando que los políticos igualitaristas hayan bajado las exigencias y que, a la vez, hayan invertido más dinero en la educación. Sin embargo, los progresistas están desconcertados ante los resultados de PISA, publicados cada tres años desde 2000, que muestran que no hay una relación automática entre invertir más y obtener mejores resultados.

En la educación tradicional, se veía a los profesores como un grupo profesional importante, necesario para reproducir y desarrollar el nivel cultural e intelectual de la sociedad pero, desde el mayo del 68, los ideólogos ven a los profesores más bien como un grupo burgués caracterizado por unos conocimientos y unas opiniones desfasados. La lucha contra ellos ha sido llevada a cabo de dos maneras: como reeducación y abriendo la profesión a jóvenes de menor preparación intelectual. Un rasgo saliente de la reeducación ha sido insistir en que los profesores cambien su manera de enseñar, dando énfasis al trabajo en grupo y al uso de la tecnología. Los métodos de enseñanza debían ser tan importantes o más que el contenido, lo cual significaba que lo que los profesores

habían aprendido, los contenidos, iba a ser menos importante y lo que más se valuaba era algo que probablemente no habían aprendido, la sociología, la metodología y la tecnología. Al mismo tiempo, no se veía bien que las escuelas tomaran medidas contra los estudiantes que molestaban en las clases y, en algunos países, el menor aprecio a los profesores se reflejaba en unos salarios mediocres. Empezó la tendencia a culpar a los profesores si los estudiantes no aprendían con el argumento de que los profesores debían ser capaces de motivar a cualquier estudiante por recalcitrante que fuera. Hasta se llegó a considerar que esa era la tarea principal de un profesor.

¿Qué sucedió con las materias? Todas las materias se enseñaron menos bien en este nuevo régimen, pero las que sufrieron más que otras fueron las humanidades y no es difícil entender por qué. Las humanidades representan el pasado, y las materias centrales como la historia y la literatura miran hacia el pasado y no hacia el futuro. La historia fue en gran parte remplazada por las ciencias sociales, enfocadas en el presente o en el futuro inmediato, y la historia casi desapareció del currículo en muchos países porque el pasado supuestamente no tenía nada que enseñar a los jóvenes. En literatura, los clásicos fueron considerados como difíciles, innecesarios y sin importancia. El tipo de material de lectura que interesaba a los reformadores eran los textos escritos para la enseñanza, reflejando los valores sociales actuales y, además, tan fáciles que los estudiantes podían entenderlos sin la ayuda de un profesor. En las matemáticas, se introdujeron nuevos métodos que supuestamente iban a modernizar la enseñanza y convertir en más fáciles las matemáticas. En las ciencias naturales, se invitaba a los profesores a organizar el estudio como proyectos interdisciplinarios con una relación con la vida diaria. En resumen, el currículo fue cambiado de manera fundamental por los reformadores quienes, al mismo tiempo, negaban de manera contundente que los alumnos aprendieran menos. Se decía que aprendían tanto como antes y, si parecía que aprendían menos, esto se compensaba porque aprendían “otras cosas”, una fórmula con la cual los reformadores se referían en general a la colaboración y la creatividad.

El interés por los métodos de enseñanza no apuntaba a mejorar la enseñanza de las materias porque los reformadores no querían comparar los nuevos resultados con los anteriores. A la vez quedaba claro que el enfocar los métodos y dar menos énfasis al contenido tenía repercusiones importantes para el resultado, la organización escolar y el estatus de los profesores. Los padres y los políticos tardaron en reaccionar porque era difícil decir exactamente lo que había sucedido ya que los cambios eran muchos. Habían cambiado los contenidos, los métodos, los exámenes y a veces hasta el sistema de las notas.

Además, los reformadores intimidaron a sus críticos, acusándolos de ser anticuados, elitistas y faltos de sensibilidad social. Desde los años 60, criticar las reformas escolares ha significado exponerse como blanco a una artillería ideológica pesada que quiere silenciar a sus adversarios, definiéndolos como inaceptables políticamente y hasta antidemocráticos. Se introdujo un tabú social contra criticar las reformas, y cualquier persona que sostuviera que alguna cosa era mejor en la educación tradicional era considerada como reaccionaria.

En el pensamiento dominante en los 60 y los 70, los profesores son vistos como funciones y como piezas en la maquinaria estatal. No importa quiénes son personalmente y, además, el

resultado de los estudiantes se considera como predeterminado por su clase social. Los reformadores quieren que los profesores concentren su energía en los estudiantes con problemas y que se interesen menos por las asignaturas y por los estudiantes ambiciosos. En otras palabras, todos los profesores se convierten en profesores de apoyo o de educación especial.

Cuando quedó claro que habían bajado los resultados, los reformadores sufrieron una frustración. Más inversión no frenó el declive de los resultados y no trajo el siglo de oro educativo con el que habían soñado los reformadores. Como resultado de todo esto, muchos teóricos de la educación, sin dejar el concepto de clase social, ampliaron el enfoque a incluir también el género, la etnicidad y la orientación sexual, pero seguían sin interesarse mucho por el aprendizaje en sí. Para ellos, la realidad no existe de manera objetiva y por eso no puede haber ninguna verdad, ya que la verdad se puede describir como la relación entre la realidad y la descripción de la realidad. Las escuelas no debían ser lugares para la transmisión del conocimiento sino para la libre exploración de los intereses de los alumnos. Por eso, es lógico que estos reformadores se interesasen poco por los currículos, los exámenes y la evaluación. Para ellos, los profesores son “facilitadores” que ayudan a los alumnos con sugerencias útiles mientras que éstos están trabajando con los proyectos que han elegido de manera individual.

Dentro de esta corriente, los “constructivistas sociales” repiten que nadie posee la verdad sobre un tema, que todos los puntos de vista sobre la realidad están impregnados de subjetividad, que lo que las escuelas enseñan como hechos no son más que opiniones. Este rechazo a la realidad y a la verdad socava a los profesores, cuestiona el aprendizaje y lleva a la confusión. ¿Qué se debe enseñar y por qué? ¿Por qué enseñar matemáticas si lo que quieren los estudiantes son clases para sacar el carné de conducir? ¿Por qué tener escuelas? Las escuelas han cambiado tanto que algunos críticos han empezado a hablar de guarderías para niños y adolescentes (Enkvist, 2006). Para muchos, los profesores son considerados como parte de la burocracia estatal y de los servicios sociales y no como personas que pueden hacer una contribución intelectual y moral al alumno y a la sociedad. Carece de interés su posible conocimiento de experto. En otras palabras, los profesores no son vistos como profesionales, como lo son los abogados, los médicos o los ingenieros, sino como funcionarios de nivel mediano.

Russo (1998) ve una relación entre la tendencia de exigir menos esfuerzo a los alumnos y el énfasis actual en la tecnología. La meta de la tecnología es precisamente permitir que se hagan las cosas con menor esfuerzo, y para conseguir esto se utilizan la estandarización, la segmentación y la simplificación. La tecnología no suele requerir la comprensión para poder usarse. Se presenta casi siempre sólo como un instrumento para lograr una meta, pero a pesar de eso tiene una fuerte tendencia a convertirse en meta. Russo también subraya la fuerte relación entre la tecnología y la cultura visual, ya que la tecnología se apoya a menudo en diagramas. En el contexto tecnológico, la lengua se reduce y, en vez de ser un método de comunicación complejo, sutil y variado, se convierte en una colección de frases meramente funcionales. La razón de ser de la tecnología es el uso, y el pensamiento utilitario tiene un lugar privilegiado en la educación actual porque se interesa por la utilidad y no por la misión civilizadora de las humanidades.

Russo también subraya que las humanidades han visto encogerse su territorio. La sociología les “robó” parte de su terreno, enseñando la relación entre el individuo y la sociedad. La psicología ocupó otra parte del terreno de las humanidades, entregando un conocimiento sobre la vida interior de la persona. La antropología empezó a producir un conocimiento sobre “el otro”. Cuando a esto se añadió el entusiasmo actual por la tecnología, las humanidades habían perdido gran parte del atractivo que solían tener para los estudiantes. Russo cree que las humanidades perderán más todavía y que irán desapareciendo como los estudios clásicos. El autor termina con la observación de que los profesores se sienten desvalidos ante lo que está sucediendo.

El profesor como persona

En nuestra época coexisten una despersonalización y un discurso sobre los derechos humanos, y se necesita de nuevo una filosofía que diga que hay que tratar a las personas como personas, un tema humanístico tradicional. En la filosofía humanística tradicional, una persona elige lo que va a hacer y cómo lo va a hacer y, en ese proceso, revela quién es. Cada uno de nosotros es único porque nadie más hubiera elegido exactamente del mismo modo. Por esa razón, podemos decir que los seres humanos no somos realmente comparables a otros y que se puede decir que somos irremplazables. Cuando decidimos qué pensar y qué hacer, creamos nuestra personalidad y definimos y creamos los valores morales que representamos. Todo esto es la consecuencia de la libertad de la que disfrutamos como seres humanos. Un ser humano está presente para sí mismo como una interioridad, una identidad individual, y no sólo una exterioridad, un cuerpo. La experiencia que tenemos de nosotros mismos es que somos sujetos y no objetos.

El concepto de creatividad es usado tanto en la educación moderna como sustituto o como complemento del aprendizaje escolar tradicional. Sin embargo, también se podría ver como algo característico de todo lo humano. Todos los seres humanos somos creadores porque crear no es sólo crear un objeto sino también pensar, hablar y actuar. Todo lo que una persona hace es nuevo porque habrá elegido hacer precisamente eso en precisamente esa nueva situación.

Si aplicamos este pensamiento en el campo de la docencia, los profesores deben ser vistos como personas. Sus esfuerzos están orientados hacia los alumnos y caracterizados por la responsabilidad y la buena voluntad. A la vez, aprender es cambiar, y aprender puede resultar menos inquietante para el joven si se siente rodeado y apoyado por personas benevolentes. Aprender es un reto continuo y es más fácil hacer un esfuerzo y adaptarse a las nuevas exigencias si uno se siente “en buenas manos”. Claro, el aprendizaje es más fácil si los alumnos perciben que los profesores no sólo dicen lo que tienen que decir sino que transmiten algo que realmente es importante para ellos mismos y más si perciben que los profesores se preocupan genuinamente por el aprendizaje de los alumnos.

1. La recuperación gadameriana de los conceptos de formación, tacto, gusto, sentido común y juicio, en su sentido prekantiano, le permite dar cuenta de que en las experiencias relacionadas con estas capacidades tiene lugar una verdad y un contacto con una realidad que se manifiesta a partir de la modelación comunitaria y socialmente compartida de dichas capacidades, las que posibilitan la percepción de rasgos salientes en situaciones que no llegan a ser disponibles en una generalidad conceptual o un conjunto de perceptos. Según Gadamer (1991, p. 51-52,72) estas capacidades se encuentran próximas al modelo de conocimiento propio de ética de Aristóteles.

Si por educación entendemos la educación tradicional, la educación actual no educa ni está organizada para educar, algo que podemos estudiar en los trabajos de Ryn (2009) quien empieza mencionando dos visiones diferentes de la persona, la tradicional y la de Rousseau. La idea tradicional es que las personas somos capaces tanto de hacer el bien como el mal y que por eso tenemos que aprender el autocontrol. La educación solía ser enseñar no sólo hechos sino también buenas costumbres. Las normas y las reglas tenían el propósito de permitir a las personas vivir en sociedad, manteniendo la paz por el control individual de sus impulsos negativos.

Sin embargo, Rousseau enseña lo contrario: que los seres humanos somos buenos desde el nacimiento y que el mal aparece por influencia de la sociedad. Por eso, la educación debe mantener separados a los jóvenes de la sociedad para que sigan inocentes tanto tiempo como posible. Los jóvenes no necesitan aprender la buena conducta porque ya son buenos y es suficiente que sean naturales y espontáneos. Ryn nos recuerda que lo que antes se veía como una buena acción era una conducta ética y responsable, mientras que la nueva idea es la empatía sentimental. Para explicar el socavamiento de la idea tradicional de la persona humana, Ryn señala además el enfoque de la Ilustración en las ciencias naturales, el método científico y la racionalidad. La nueva meta es encontrar una manera científica de comprender la persona humana. Las dos tendencias rechazan la idea de la bondad como el resultado de una voluntad de hacer el bien, viendo la bondad o como algo natural o como algo explicable científicamente pero no como virtud moral. La conexión entre las dos tendencias se puede ver en que los “ingenieros sociales” quieren construir una sociedad según un esquema preconcebido, supuestamente científico, pero su inspiración y su sanción moral provienen de la ética de la compasión. La benevolencia dicta la finalidad y el instrumento consiste en una manipulación “racional”. Para Ryn, está a la vista la fusión entre tecnología y sentimentalismo en la sociedad occidental. Los medios electrónicos de comunicación y entretenimiento se llenan de emociones y romanticismo.

La educación moderna tiene por meta crear un tipo de conocimiento que nos permita manipular la realidad para fines utilitarios. El énfasis en la tecnología es una indicación de cómo se ve la vida humana. Ryn cree que el materialismo y el racionalismo se han aliado con el utopismo sentimental, haciendo creer que habría una posibilidad de rehacer la sociedad a voluntad. En el clima cultural actual, predomina la visión utilitaria y científica de la persona humana sobre la visión moral, cultural e intelectual.

Observaciones finales

¿Es útil el concepto de la persona para explicar el malestar de los profesores en el sistema educativo actual? Sí, porque los profesores perciben que están siendo utilizados como instrumentos para finalidades políticas y sociales más que intelectuales o morales. En la educación tradicional eran vistos como profesionales con la clara misión de elevar el nivel educativo de sus conciudadanos. Funcionaban como modelos de personas educadas, eran respetados por los alumnos y sus padres y a menudo consultados en cuestiones locales y no

2. En virtud de las reglas se crea un orden, mediante el cual el espacio lúdico y lo que ocurre dentro de él son demarcados, emergiendo así un espacio-tiempo diferentes de la existencia cotidiana (Gadamer, 1996, p. 130).

3. Como propone González Valerio (2005, p. 51), Gebilde es traducido aquí, a diferencia de la edición castellana, como conformación en lugar de construcción (Aufbau), para distinguir entre la construcción de la obra que lleva a cabo el intérprete y el hecho de que esta sea algo formado.

eran vistos como una mera función o una pieza en un sistema. Hoy en día, pocas veces se toma en cuenta la opinión profesional de los profesores sobre cómo se debería organizar la educación y están obligados a obedecer las instrucciones de los políticos. Tienen que dedicar mucho tiempo también a unos jóvenes que les faltan al respeto, y hay ahora escuelas en las que no se lleva a cabo ningún tipo de educación, ni intelectual ni moral. Cuando no se toma en cuenta la capacidad profesional de los profesores, se les humilla.

Una prueba de la poca apreciación del conocimiento entre los políticos es la afirmación reiterada de que los mejores profesores deben trabajar con los alumnos con más problemas. Esta actitud indica que, para los políticos, la meta principal de la educación no es preservar y aumentar el conocimiento o dar una buena base a los alumnos con interés por el estudio, sino que se quiere que el sistema educativo produzca la menor diferencia posible entre los alumnos. Cuando esta meta se combina con un clima escolar permisivo, significa que se cree posible educar a alguien aunque éste no se esfuerce personalmente. La visión que predomina es que los alumnos son lo que son por el nivel socioeconómico de su familia.

Para entender la situación hay que hablar también de cómo ha sido cambiada la formación docente estatal que ahora da más énfasis a la sociología y la psicología que a las materias que los profesores van a enseñar. La carrera ha perdido prestigio por exigir solo un nivel mediocre de méritos académicos para ser admitido. Si unos estudiantes que apenas han logrado terminar el bachillerato son admitidos como futuros profesores, está claro que las autoridades no esperan que los profesores sean modelos intelectuales para la nueva generación.

El enfoque mediático y político en los resultados de PISA nos da otra pista sobre el malestar actual de los profesores y los alumnos. Esta comparación internacional está elaborada por la OCDE que es una organización de colaboración económica, y la OCDE se interesa por la educación como productora de la futura mano de obra de un país. Se basa en las matemáticas, las ciencias naturales y la comprensión lectora, es decir, tiene un enfoque instrumental. Los investigadores de PISA han inventado su propio término para expresar lo que debe ser la meta de la educación: las competencias. Ya que solo se puede hablar de competencias en relación con una tarea, la educación entera se ve más o menos como formación profesional. Los resultados asiáticos indican la importancia del esfuerzo, pero los investigadores de PISA no acusan recibo de este dato porque están convencidos de que los mejores alumnos son lo que son a causa de la situación socioeconómica de su familia. Para apoyar esta convicción, los investigadores recogen un número muy importante de datos económicos y sociales. El que los datos hablen en contra de esta visión no influye en la convicción de los investigadores.

Tampoco los estudiantes son tratados como personas. Los políticos y los investigadores de PISA se interesan por lo colectivo pero no por el hecho de que el aprendizaje se realice en el cerebro individual de cada alumno. Cuando un estudiante comprende algo nuevo, se trata

4. Cf. González Valerio (2005, p. 57). Como se indicó antes, las reglas de un juego sólo tienen validez dentro del espacio lúdico, fuera de ese mundo cerrado carecen de sentido.

5. Gadamer (1996, p. 92) concibe la mimesis como “categoría estética universal”, quiere decir que no es válida solamente para un determinado momento de la historia del arte o para ciertas artes, ni limita al arte a re-presentar la naturaleza, sino que es pensada como una categoría con un sentido ontológico y no histórico, que permite considerar además a la pintura abstracta y a la música como mimesis.

de un logro personal, y cuando se coloca a alumnos dispuestos a esforzarse en aulas desordenadas y a la merced de otros estudiantes a los que no les apetece estudiar, estos estudiantes no son respetados como personas sino que son tratados como instrumentos para el supuesto bien de otros. Se les priva no solo de conocimientos sino también de valores morales porque en unas aulas desordenadas en las que dominan unos alumnos irrespetuosos no se pueden aprender el bien, la verdad y la belleza.

Otra indicación de que el credo actual está equivocado es que los países que ahora están en la cumbre de PISA mantienen un enfoque en el aprendizaje a través del esfuerzo por parte del alumno. En cuanto a los profesores, el enfoque está en el conocimiento y en la capacidad de enseñar. Con este énfasis, los países en cuestión logran excelentes resultados educativos e, irónicamente, también más igualdad social que los países que enfocan la igualdad combinada con la permisividad.

El famoso informe McKinsey de 2007, basado en los resultados de PISA, concluyó que la calidad de los profesores constituye el factor principal para el éxito educativo y que, si un país no puede reclutar a buenos profesores y retenerlos en el sistema educativo, es poco probable que logre una buena calidad. Los investigadores de PISA tampoco han acusado recibo de este resultado. Por ejemplo, en un informe de la OCDE sobre el liderazgo escolar, los exitosos profesores finlandeses hablan de calidad intelectual y de métodos tradicionales, pero los autores del informe no muestran ningún interés por esta línea de pensamiento. Se podría decir que, en los informes de la OCDE, los profesores son un instrumento para la meta de conseguir una mano de obra adecuada más que educada.

En la prensa y en la vida política, los informes PISA son objeto de tanta atención que los profesores y los alumnos se han convertido en los participantes involuntarios de una competición en la que no han elegido entrar. Algunos políticos introducen nuevos programas de educación para mejorar los resultados sólo en las materias en las que se basan los informes PISA. En otras palabras, su interés no proviene de un aprecio y un amor por los conocimientos sino por su voluntad de aumentar el prestigio internacional del país.

La enorme importancia adjudicada a la tecnología es otra pista que explica el malestar docente. Los pedagogos universitarios y los políticos –y los vendedores de ordenadores– repiten el mensaje de que el aprendizaje puede llevarse a cabo sin profesores si los alumnos utilizan un apoyo informático. Los argumentos mezclan la visión romántica del alumno como alguien que aprende de manera espontánea e individual con la visión económica del aprendizaje como algo útil en la vida laboral. Aprender a través del ordenador se ve como un método que lleva a la vez a la equidad y a las competencias.

Así que otra vez más, ¿ayuda el concepto de persona a explicar la crisis educativa actual? Sí, porque pensando en ese concepto es obvio que los reformadores escolares no ven a los alumnos como individuos con derechos sino como instrumentos para unas metas políticas y sociales. En cuanto a los profesores, no se les respeta como personas. Tampoco están respetados sus conocimientos, su integridad o su autonomía. Tanto los profesores como los

6. Cf. González Valerio (2010, p. 103).

alumnos son tratados como instrumentos en un proyecto de ingeniería social. Es una pista esencial ver que los políticos, pedagogos y sociólogos que defienden la escuela comprensiva e igualitaria muestran una tendencia desconcertante a matricular a sus propios hijos en escuelas privadas o concertadas. No se puede criticar que deseen lo mejor para sus propios hijos pero sí que impongan a los demás algo que no consideran óptimo. Todos nosotros deseamos para los nuestros una excelente educación intelectual y moral y, para lograr esta meta, tenemos que cambiar el pensamiento enfocado en la ingeniería social que domina actualmente en la educación pública occidental.

Referencias

- Barber, M. & Mourshed, M. (2007). *How the world's best-performing school systems come out on top*. S.l.: McKinsey.
- Enkvist, I. (2006). *Repensar la educación*. Madrid: Eunsa.
- Enkvist, I. (2011). *La buena y la mala educación*. Madrid: Encuentro.
- Pont, E. et al. (2008). Improving school leadership. Case studies on system leadership. Vol II. S.l.: OECD.
- Russo, J. P. (1998). The humanities in a technological society. *Humanitas*, V. XI. (1). Retrieved from www.nhinet.org/russo/htm
- Ryn, C. G. (2009). From civilization to manipulation: The discrediting and replacement of the Western elite. *Humanitas*, XXII (1, 2), 5-22.